

Miguel  
Huezo Mixco  
Días del Olimpo



El hallazgo de un cadáver mutilado en una remota zona rural trastorna las vidas de un grupo de jóvenes que suelen citarse en El Olimpo, una discoteca gay de San Salvador. La ciudad comenzaba, en aquellos días, a sacudirse y espabilarse de los años de terror de la guerra civil. Un muchacho recién llegado al grupo, la única persona que podría ayudar a esclarecer el crimen, decide callar y vivir con ese «gran secreto».

La víctima principal de su decisión será su adorada amiga Diamela, una mujer entregada a la exploración del eros, el goce y el deseo. Así, lo que comenzó como un juego de pequeñas revanchas terminará convirtiéndose en la suma de las calamidades sociales y las catástrofes naturales que abaten a una sociedad empeñada en continuar peleando contra sí misma.

Echando mano de recursos propios de una novela de intrigas policíacas, en *Días del Olimpo* Huevo Mixco se ocupa de la vida de la gente común enfrentada a la tragedia de la historia. *Días del Olimpo* cierra el ciclo que comenzó con *Camino de hormigas* y siguió con *La casa de Moravia*. Tres novelas indispensables en la reconstrucción de la memoria centroamericana.

# **DÍAS DEL OLIMPO**

Miguel Huevo Mixco

*A la memoria de  
Pablo Cerna*

Mas la historia, si es tragedia, tiene un aspecto que pertenece a la misma tragedia, que es el juego. Aunque sorprende a primera vista, la historia más seria se ha hecho, a ratos, jugando. Juego y seriedad no son cosas incompatibles.

MARÍA ZAMBRANO

## **Parte 1**

You think you're a man, you are only a toy.

The Vaseline

## I. Un bóxer azul y una bermuda

El 13 de marzo de aquel año todos los periódicos publicaron noticias sobre el hallazgo de un cadáver en el fondo de un precipicio del caserío Barrancones. Aunque aquí siempre han aparecido restos de personas desconocidas, el hecho tenía un sesgo macabro: al cuerpo le habían arrancado los órganos. La nota del *Diario Gráfico* que leí ese día mientras desayunaba no se ahorra detalles sobre los cortes que le fueron practicados al varón, 1.80 m de altura, corpulento, 182 libras, piel morena y cabello rizado que vestía un ensangrentado bóxer azul y una bermuda con diseño de camuflaje de colores verde y marrón.

«¡Un bóxer azul y una bermuda marrón!».

Apenas leí la frase vomité el desayuno sobre el mantel, me levanté de la mesa y corrí a mi habitación. Mi madre dejó su plato de frutas con granola sobre la mesa y caminó detrás de mí preguntándome qué pasaba. Antes de que ella pudiera darme alcance conseguí cerrar la puerta y le eché llave.

—¿Estás bien? —dijo, golpeando con los nudillos.

Le respondí diciéndole que no se preocupara. Que solo necesitaba descansar un poco. Mi vieja se quedó en silencio. El sonido de su respiración llegaba a mis oídos desde el otro lado de la puerta.

—¿Bebiste anoche, verdad? ¡No me parecen esos amigos que te has encontrado! —exclamó con la voz quebrada.

Yo conocía bien esa cantinela, así que decidí ignorarla. Me quedé recostado en la cama revuelta mirando el encielado, con las manos juntas sobre el pecho, percibiendo las sacudidas de mi corazón. Las aspas del ventilador giraban como mi propia cabeza. El fragor del tráfico entraba por oleadas a través de la ventana. El aullido de una sirena rompió la monotonía. Eran las siete de la mañana. El tintineo de las llaves y el repiqueteo de los zapatos de mi madre, andando a uno y otro lado de la casa, indicaban que estaba por marcharse. Después de hacer los arreglos para el almuerzo encendió su carro, salió en reversa y la empleada cerró la puerta metálica de la cochera. La casa quedó en silencio y entonces salí de mi escondrijo para buscar el periódico y terminar de leer la noticia.

El macabro hallazgo ocupaba dos páginas completas ilustradas con la foto de un grupo de hombres en medio de matorrales cargando un bulto cubierto por una manta sucia. Una de las piezas informativas mostraba el diagrama de un cuerpo en el que se mostraba el tajo abierto entre el tórax y el abdomen, por donde le extrajeron el corazón, los pulmones y el esófago. El dibujo indicaba también el punto donde le cercenaron el brazo derecho, arriba del codo. A la hora del cierre de la edición, las autoridades forenses no habían podido establecer si los ojos le fueron arrancados por los hechores o por aves de rapiña.

La nota de prensa también indicaba que la tarde anterior un noticiario de TV había propalado el rumor de que el crimen era «un acto de canibalismo» realizado como «parte de un ritual satánico». La nota, suscrita por Álvaro Menen Desleal, el redactor jefe, desmentía la versión y relacionaba el crimen con una red clandestina de tráfico ilegal de órganos humanos que operaba en todo el istmo. En Costa Rica las autoridades judiciales procesaban a tres médicos acusados de realizar trasplantes ilícitos en clínicas privadas de San José y, unos meses atrás, un ciudadano holandés de nombre Cees Zondervan había sido de-



tenido en Tegucigalpa, Honduras, bajo el cargo de «reclutar» a potenciales vendedores de órganos. De acuerdo con las pesquisas policiales citadas por el periódico, el holandés usaba un restaurante de comida rápida ubicado frente al hospital nacional San Felipe donde identificaba a personas que pasaban penurias económicas y las persuadía de que vendieran sus órganos. La información concluía asegurando que «[la] escasez de donantes en países ricos hace que muchas personas estén dispuestas a pagar entre ciento cincuenta mil y doscientos mil dólares por un riñón». Otra pieza informativa, firmada con las iniciales C.R., recogía la denuncia de una oenegé sobre el traslado encubierto a Estados Unidos de centenares de niños y niñas hondureñas para convertirlos en «donantes forzados» de córneas, hígados y riñones.

Con el paso del tiempo y a medida que el país entró en una nueva espiral de violencia se produjeron millares de noticias, reportajes, artículos, fotografías y editoriales, dando lugar al florecimiento de un género periodístico enfrascado en lo sórdido y espeluznante. Con semejante abundancia de sangre, lo más seguro es que en nuestros días muy pocas personas recuerden aquel caso que la prensa bautizó como el «hombre vaciado». Si ochenta mil asesinados en una década importaron tan poco, ¿por qué perder el sueño por un cadáver más?

## II. Girasoles de silicio

### 1

¿Cómo fue que llegué a este punto? Las cosas, cuando tienen que ocurrir, adoptan manifestaciones extrañas. El 7 de septiembre de 2018 la zona central del país se vio estremecida por un sismo de 6.7 grados. A pesar del tamaño de la sacudida, pocos inmuebles sufrieron daños de consideración. Quiso la suerte que yo me encontrara en uno de esos edificios, el Milenio, una moderna construcción de nueve pisos ubicada en Santa Elena, el conglomerado residencial, comercial y financiero más próspero de todo el país, conocido como La Burbuja. Mi rescate a manos del Cuerpo de Bomberos fue transmitido en vivo por la televisión y las redes sociales. Si alguien busca en la web las declaraciones que ofrecí ese día a la prensa podrá constatar que nunca dije que en esa larga noche, en la que sufrí mucho miedo y frío, permaneció a mi lado una de las personas que estuvo involucrada en los hechos que derivaron en el asesinato de Rogelio Contreras, el hombre vaciado.

Lo conocíamos con el nombre de Noé, y era un empleado de servicios en la misma empresa en la que yo trabajaba, W.T.F. Consulting, una firma especializada en programas de desarrollo para zonas económicamente deprimidas que ocupaba el piso 7 del Milenio.

¿Por qué, a pesar de que trabajábamos en la misma oficina, nunca me di cuenta de quién era él? La respuesta es sencilla: Noé había cambiado de apariencia y de identidad.

La mañana de ese día el asesor jurídico pidió que me integrara de inmediato al comité encargado de seleccionar la empresa que construiría la primera de un centenar de granjas de energía fotovoltaica, en un pobre y remoto caserío del golfo de Fonseca. Hizo correr en su monitor una animación digital en la que surgieron decenas de espejeantes plataformas solares, como girasoles de silicio embelesados por la luz, conectadas a casas limpias y confortables. El comité sesionó a lo largo de ese día en una de las salas de vidrio esmerilado que quedaba al fondo de un desnudo, frío y largo pasillo. En la tarde, al filo de la hora de salida, concluimos que necesitábamos otras tres o cuatro horas de trabajo para terminar los pendientes. Ninguno estaba conforme con la idea de quedarse en la oficina un viernes por la noche. De hecho, yo fui uno de los que más se opusieron. Mi plan era ir a prepararme un bocadillo, prender la computadora y presenciar la final del Campeonato Mundial de Ajedrez para Ordenadores, que se transmitiría en vivo por primera vez en esta región. Una vez se conocieran los resultados, escribiría una columna con las principales incidencias del evento. Por ese tiempo yo publicaba un blog sobre los cambios que está experimentando en nuestros días un juego de quince siglos de antigüedad, que ahora goza de un éxito reservado a los videojuegos. El mundo ha cambiado mucho y con demasiada prisa. Desde hace algunos años se libran campeonatos de ajedrez entre programas, sin la participación de humanos; existen robots que se encargan del cuidado de ancianos y programas que vuelan aviones de combate en misiones de observación, ataque y defensa.

Mientras intentábamos convencer a la delegada de la gerencia de que continuáramos el lunes el escrutinio de

las ofertas, el director irrumpió en la sala con aire malhumorado para advertirnos que el trabajo debía concluirse esa misma noche y, sin tomarse la molestia de agradecernos nuestro esfuerzo, se marchó con el móvil pegado a la oreja. Acto seguido, la encargada de Comunicaciones llegó a entregarnos vales canjeables por alimentos en las cafeterías de los alrededores y salió a toda prisa.

Yo era uno de los asistentes del departamento jurídico de W.T.F. Consulting y no me iba mal. El salario que devengaba, aparte de las satisfacciones materiales que me brindaba, también me ayudaba a conseguir lo que los psicólogos llaman reconocimiento social y eso era muy importante para mí después del «bajón», como Ramona, mi terapeuta, llamaba al trastorno por consumo excesivo de opioides, tranquilizantes y alcohol en el que me despeñé después de aquel espeluznante homicidio. Tras años de terapias, poco a poco, con mucha inversión de voluntad y dinero, me volví una persona productiva –el «regreso», le llamaba la doctora– capaz de establecer una relación sana con la sociedad –la «reinserción»–. Con el tiempo me he convencido de que construir una sociedad equilibrada y justa es poco menos que imposible. Aunque todo el esfuerzo que hice valió la pena, ahora he tomado el camino de la «deserción».

Mi vida de burócrata acabó pronto. Poco después de que una inspección del gobierno estableciera que tras el sismo el Milenio era inhabitable, el edificio se evaporó en medio de una nube de polvo y gases producida por las cargas explosivas que se emplearon para su demolición. Ese mismo día, con gran despliegue mediático, la firma anunció la reanudación de actividades y aseguró que la instalación del complejo de granjas solares marchaba según el cronograma.

Para mi sorpresa, en vez de una convocatoria a labores lo que recibí fue un impersonal mensaje que anunciaba la cancelación de mi contrato. La única explicación que encontré –porque todas mis evaluaciones de desempeño eran sobresalientes– fue que para mucha gente sigue siendo imposible convivir con un «homosexual» en el lugar de trabajo. No soy un homosexual. Me cuento, eso sí, entre quienes creen que en materia de sexo todo lo que se haga de manera voluntaria y no cause daño se vale. ¿Qué hay de malo si yo consigo satisfacción con un individuo o con una combinación de individuos? Debo reconocer, sin embargo, que este tipo de comentarios uno no debe hacerlos cuando espera su turno en la fotocopiadora. Aunque a esta edad he superado muchos traumas derivados del rechazo social, aquella experiencia me afirmó en la filosofía de que lo mejor en materia de preferencias sexuales es manejarse con cautela.

## 2

Tras la retirada del director, la delegada de la gerencia autorizó para que bajáramos a comer y retornáramos a la sala una hora después. Cuando caminaba hacia el ascensor un retorcijón estomacal me empujó a toda prisa a los baños. Algo en el almuerzo me hizo daño, sin duda. En parte por el apremio de cumplir con el trabajo encomendado. El caso es que mientras yo permanecía sentado en aquel reluciente cagadero, con el resplandor del celular tatuado en mi rostro, alguien más entró a los sanitarios. Halé la cadena, salí a enjabonarme las manos y en el espejo apareció, atrás de mí, la figura escuálida de aquel viejo cojo y medio ciego, Noé, el hacelotodo de W.T.F.: trapeaba pisos, limpiaba vidrios, sacudía mesas, preparaba café, cambia-

ba los botellones de agua, llevaba los diarios a las oficinas de los gerentes y lavaba los excusados. El personal lo trataba con esa odiosa forma de lástima que suele confundirse con el cariño. Habíamos cruzado solo ocasionales «buenos días». Yo percibía de su parte un dejo de desprecio hacia mi persona y sospechaba que el viejo había escuchado algún rumor.

«Qué hace aquí a esta hora, Noé», le pregunté, con cortesía, secándome las manos. Sin dejar de frotar los azulejos el hombre me indicó que le habían ordenado que se quedara apoyando al comité hasta la hora que hiciera falta. Le respondí que de seguro terminaríamos a las diez, o más tarde, y si quería mi opinión yo le aconsejaba que lo mejor era que se fuera a su casa. El centro meteorológico pronosticaba lluvias torrenciales y vientos con rachas de sesenta kilómetros por hora. Es peligroso. Ya usted sabe cómo se pone de complicado cuando llueve. Noé me respondió con una sonrisa torcida que esa no era la primera vez que le tocaba trabajar hasta muy noche. La verdad, prefería quedarse en la oficina. Su propia experiencia le desaconsejaba circular a deshoras por Ayutuxte, la zona donde vivo, «ya he tenido que vérmelas con pandilleros y policías, licenciado, no sé decirle quién de ellos es peor, y como le dije, prefiero dormir en la bodega y no encontrármelos en la calle», añadió, ingresando en uno de los sanitarios con un cepillo y un bote de lejía en las manos.

Bajé al vestíbulo. Miré la calle. Llovía. Me cubrí la cabeza con el saco y corrí a la cafetería de la esquina. Entré. Hacía un frío glacial. Encontré una mesa. El chico guapo llegó a tomarme la orden (nunca conseguí sacarle plástica). Ordené lo de siempre: un sándwich, una ensaladita de papas con mayonesa, una botella de agua, y clavé mi mirada en una enorme pantalla de plasma donde se miraba una y otra vez la imagen satelital de la tormenta –un amenazante coágulo rojo seguido de ondulaciones amarillas, verdes y azules– barriendo las islas Anguila y Barbuda en direc-

ción a Florida. Se producían fuertes lluvias en la mayor parte del istmo. El hombre del pronóstico del tiempo gesticulaba a medida que presentaba la trayectoria que seguiría la tormenta Danielle. En un minúsculo recuadro, una mujer explicaba el fenómeno meteorológico en lenguaje de señas provocando la risa de mis vecinos de mesa. Comí sin dejar de alternar mi atención entre el teléfono y el monitor, y antes de la hora establecida pedí un café para llevar y me encaminé a la oficina evadiendo los charcos con pequeños saltos.

A eso de las nueve y media de la noche nuestra tarea estaba concluida. Uno a uno los colegas se fueron marchando, haciendo bromas y golpeándose la espalda. Yo tenía la mente tupida por el esfuerzo y no sabía qué hacer. Mi plan estaba desbaratado. Seguramente el campeonato habría terminado. Fuera de la lavadora y tres cargas de ropa, en casa nadie me esperaba. Ni siquiera un hámster. Era un hombre solo. Mi padre se marchó de casa cuando yo era solo un adolescente. Mamá ya había muerto. Salvo el cigarrillo, yo había dejado el alcohol, las drogas y las amistades. Abrí la laptop y googleé: Cam-peo-nato a-je-drez-or-de-na-do-res. La noticia ya circulaba por el mundo. El programa Komodo había ganado el campeonato por segunda vez consecutiva. La serie completa de partidas ya estaba disponible en Chess.com. Consideré quedarme escribiendo mi artículo. Allá afuera llovía y era viernes. En La Burbuja, con todos esos restaurantes y hoteles, el tráfico debía de ser una pesadilla. Decidí llamar a Chepe Luis, el director de *La Horda*, advirtiéndole que tenía un atraso con el envío. Miré el reloj de pared. Faltaban unos minutos para las diez.

En ese instante comenzó el temblor.

«Ya pasará», pensé, mirando la oscilación del proyector encajado en el techo.

Un segundo después el movimiento se hizo más intenso y el edificio comenzó a traquetear como si un tren pasa-